



Extracto de Literatura

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO.

EZEQUIEL ORDOÑEZ

ESCRITO
Director
Enrique Labarta

OR
VARIOS
GALLEGOS
DE
BUEN
HUMOR



Político de primera
 Y hombre de mucha valía,
 Como yo en la suerte espera:
 El obtendrá una cartera;
 Yo, quizá una cartera

Su pueblo, que es Tuy, le adora
 Por su finura y buen trato,
 Y va a darnos sin demora.
 Cien suscripciones por hora
 Al ver aquí su retrato.

De Romero amigo fiel,
 Siempre a su lado luchó
 Sin descanso y sin cuartel...
 Y mucho esperamos dél
 Romero... Labarta y yo!

GERARDO ALVAREZ LIMESSES

NÚMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

MANIFIESTO

Á LOS LECTORES DEL «EXTRACTO DE LITERATURA»

SEÑORES:

El EXTRACTO DE LITERATURA ha sido hasta el presente momento histórico una especie de *Monarquía constitucional*; pues no parece sino que aquí estamos parodiando lo del *turno pacífico de los partidos*.

El día 7 de Enero del año que tiene el honor de presidirnos, hemos constituido el primer Ministerio para regir los destinos del EXTRACTO, los ciudadanos siguientes: Director, ó como si dijéramos, Presidente sin cartera, Enrique Labarta; Redactor-Administrador, que es como quien dice Ministro de Fomento, D. Gerardo Alvarez Limeses; y Editor ó sea Ministro de Hacienda, D. Andrés Landin.

Poco duró este Ministerio de Notables; y el 4 de Febrero promoviose ya una crisis parcial, abandonando sus carteras los señores Alvarez y Landin, á los que sustituyó como Administrador y Propietario D. Valentin Fondevila, refundiéndose así los dos cargos en una sola pieza.

Si efímera fué la existencia del primer Ministerio, mas lo fué todavía la del segundo, pues el 18 del mismo mes, después de una crisis bastante laboriosa, retiróse el Sr. Fondevila á la vida privada, cargando yo desde entonces con el mochuelo, digo, con la dirección, propiedad y administración (todo esto con letra minúscula) de la Revista, hasta el 10 de Junio último, en que presenté la dimisión, sustituyéndome en el equívoco goce de este presupuesto, el muy notable y popular escritor Torcuato Ulloa que, con el aplauso de todos, ha venido disfrutándolo sin interrupción hasta nuestros días. (¡Vaya un párrafo para leer sin tomar aliento!)

Hoy que el Sr. Ulloa después de una brillante campaña se aleja de la política activa del EXTRACTO, vuelvo yo, pecador de mí, á encargarme nuevamente de la zarandeada Revista, después de echar abajo la Monarquía constitucional y proclamar la República.

Y como Presidente que soy de esta nueva República, aprovecho la ocasión que aquí se me presenta, para saludar á mi vecino y compañero Mr. Carnot.

En el espinoso cargo que acabo de echarme á las costillas, necesito quien me auxilie; y por esa razón he acordado nombrar Vice-presidente á mi queridísimo amigo Gerardo Alvarez, al cual no alabo en este momento como él se merece, porque no se crea que trato de adularle á fin de que me ayude.

Por de pronto se encargará el Vice de la parte literaria hasta que yo pueda dar por terminado el arreglo de la cuestión administrativa; porque, convencido como estoy de que la felicidad de un país depende de una buena administración, lo primero que deseo conseguir á toda costa es la nivelación de los presupuestos.

La peor de todas las crisis, es sin duda alguna la crisis monetaria ¡Esa, esa es la que trato ahora de evitar!

A fin de llevar á cabo este mi laudable propósito, mucho espero del

patriotismo de los suscriptores y corresponsales, ó, mejor dicho... ¡lo espero todo!

¡Oh, qué cuadro tan consolador se presenta ante mis ojos! Me parece que veo ya á los corresponsales que tienen en su poder dinero de la Revista, enviármelo sin demora; y á los que aún conservan recibos á cobrar, hecerlos efectivos con rapidéz eléctrica, para remitirme también su importe en libranzas del Giro mútuo. Y por todas partes corren hácia las expendedorías los suscriptores que adeudan trimestres ya vencidos ó próximos á vencer, con objeto de comprar sellos de comunicaciones y mandármelos por el primer correo. ¡Hasta los mismos colaboradores se apresuran á escribir con febril entusiasmo inspirados trabajos poéticos y deliciosos artículos, por los que anticipadamente me apresuro á darles las mas expresivas gracias.

¡Pero, ay de mí, si todo esto que veo no es mas que un efecto de espejismo, porque entonces... me he lucido!

¡Dios mio! ¿estaré predicando en desierto?

¡Ah señores; si este manifiesto no encuentra resonancia en vuestros corazones ó mejor dicho en vuestros bolsillos, me veré en el triste caso de presentar la dimisión y declararme en quiebra! ¡Entonces, ya que hoy no me ayudeis á enjugar el déficit, tendréis que ayudarme á enjugar las lágrimas! Y lo que mas lloraré de todo, será el tiempo que he perdido en predicaros de balde.

Evitadme ese mal rato y os lo agradeceré, porque evitándolo, habréis evitado la bancarrota y con la bancarrota la revolución social y con la revolución social el triunfo del anarquismo.

Hay que desengañarse: los grandes efectos suelen ser hijos de las pequeñas causas. El hombre que se suscribe á una Revista y no la paga, es capaz de hacerse un trage y no pagarlo tampoco y de convertir en *inglés* al casero; y así sucesivamente hasta llenarse de deudas por todas partes. Entonces en el cerebro de ese individuo que no tiene con que pagar, surge la primera idea de repartición de la propiedad ajena. ¡De ahí al anarquismo, no hay más que un paso!

De todas maneras, para mí los verdaderos anarquistas son los suscriptores *de gorra*. ¡Cada recibo que me devuelve un corresponsal, me hace el efecto de una bomba Orsini!

A todos los que se suscriben á una Revista con intención de no pagarla debía formárseles Consejo de Guerra y luego... ¡fusilarlos por la espalda!

Y no digo más. A buenos entendedores, pocas razones.

Termino por donde debiera empezar, es decir, doy remate á mi *discurso administrativo* saludando afectuosamente á los señores colaboradores, corresponsales y suscriptores *efectivos* del *EXTRACTO*, sin olvidar á mis 101 bravos y robustos electores de Campelo (á quienes envió desde aquí mi paternal bendición) (1) anticipando á todos infinitas gracias por su valiosa ayuda en mi periodística empresa.

HE DICHO

(¡Y quiera Dios que haya dicho algo de provecho!)

ENRIQUE LABARTA POSE.

(1) También les deseo que no pierdan las cosechas.

A UNA BEATA

EPÍSTOLA

Señora doña Pancracia:
Por su amiga doña Engracia,
acabo de recibir
su carta, que me hizo reir,
porque tiene mucha gracia.

Llena de mística unción,
y de singular contento,
que me causa admiración,
me anuncia su decisión
de retirarse á un convento.

La cosa es para reir,
y me deja usted perplejo,
y sin saber que decir.
¡Que me venga usted á pedir
sobre el asunto, consejo!

Yo no me puedo oponer,
mas su capricho deploro,
pues no acierto á comprender
que es lo que va usted á hacer
tras de las rejas del *coro*.

Me dice que ser ansía
una *esposa* del Señor,
y esto me pasma, á fé mia,
pues, señora, ¡no sabía
que Dios la *hiciese el amor*!

Comprendo, y es cosa clara,
aunque á usted parezca rara,
que en este mundo engañoso,
no encontrase ya un esposo
por un ojo... de la cara.

Y que, buscando el consuelo,
que no halla en este suelo,
á una pena tan amarga,
trate usted de echar la *carga*
al que la quiera en el cielo.

Todo está muy en lugar;
mas, una duda me asalta,
que no me acierto á explicar;
¿porqué Dios ha de cargar
con lo que aquí no hace falta?

Encuentro muy juicioso,
que á su edad, que ya no es tierna,
con santa calma y reposo,
busque usted un medio honroso
de ganar la vida... eterna.

Mas el cielo amiga mia,
ya no se gana, hoy en día,
sentada ante un *facistol*,
revolviendo en un *perol*
al son de la *letanía*.

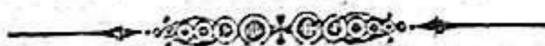
Porque ya ese rezo insulso,
á un santo pone convulso,
y es fama ya muy notoria,
que hoy hasta la misma Glcra
hay que ganársela... ¡á *pulso*!

Quédese en el mundo, pues,
y tendrá calma y quietud,
que tal como usted hoy es,
nadie tendrá ya interés
en quebrantar su *virtud*.

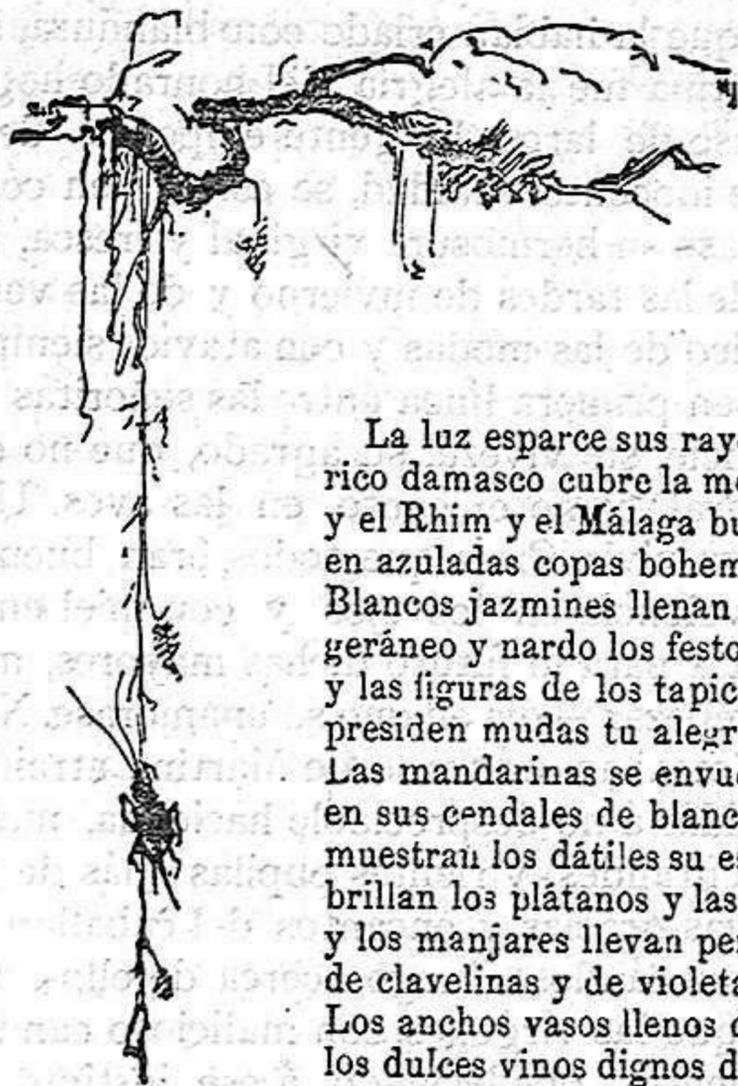
Si usted su honor atesora,
y del mundo tiene quejas,
la virtud de usted, señora,
me parece á mi que ahora
no necesita ya *rejas*.

Y á sus años, ya no es cosa
de ir de los *votos* en pos;
fea, vieja y achacosa...
Lo que es á usted por esposa
ya no la quiere... ¡ni Dios!

JAVIER VALCARCE OCAMPO



EN CASA DE LA DUQUESA DE ***



La luz esparce sus rayos de oro,
 rico damasco cubre la mesa
 y el Rhim y el Málaga bullen hirvientes
 en azuladas copas bohemias.
 Blancos jazmines llenan los búcaros,
 geráneo y nardo los festonean
 y las figuras de los tapices
 presiden mudas tu alegre cena.
 Las mandarinas se envuelven púdicas
 en sus cendales de blanca seda,
 muestran los dátiles su estuche de ámbar
 brillan los plátanos y las cerezas
 y los manjares llevan perfumes
 de clavelinas y de violetas.
 Los anchos vasos llenos de Chipre,
 los dulces vinos dignos de Grecia,
 los cien fruteros de ópalo y plata
 donde se apiña la roja fresa,
 nunca tuvieron competidores
 como los daban con tu presencia,
 tu hermoso busto lleno de rosas,
 tu blanco cuello lleno de perlas,
 y los brillantes que entre las plumas
 sacaban chispas de tu cabeza!...

C. OSSORIO Y GALLARDO.



MARTINA

MARTINA única de cariñosos padres que la habían criado con blandura, sin un regaño ni un castigo, Martina fué la alegría del honrado hogar donde nació y creció. Cuando se puso de largo, la gente empezó á decir que era bonita, y la madre, llena de inocente vanidad, se esmeró en componerla y adornarla para que resaltase su hermosura virginal y fresca. En el teatro, en los bailes, en el paseo de las tardes de invierno y de las veraniegas noches, Martina vestida al pico de las modas y con atavíos siempre finos y graciosos, gustaba y rayaba en primera línea entre las señoritas de Marineda. Alababan también su juicio, su viveza, su agrado, que no era coquetismo, y su alegría tan natural como el canto en las aves. Una atmósfera de simpatía dulcificaba su vivir. Creía que todos eran buenos, porque todos le hablaban con benevolencia en los ojos y con miel en la boca. Se sentía feliz, pero se prometía para lo futuro dichas mayores, más ricas y profundas, que habrían de empezar el día en que se enamorase. Ninguno de los caballeretes, que revoloteaban en torno de Martina atraídos por la juventud y la buena cara, unidas á no despreciable hacienda, mereció que la muchacha fijase en él las grandes y rientes pupilas más de un minuto. Y en ese minuto, más que las gracias y encantos del caballerete, solía ver Martina sus defectillos, chanceándose luego acerca de ellos con las amigas. Chanzas inofensivas, en que las vírgenes, con malicioso candor, hacen la anatomía de sus pretendientes, obedeciendo á ese instinto de hostilidad que caracteriza el primer período sexual.



Así pasaron tres ó cuatro inviernos, en Marineda empezó á susurrarse que Martina era delicada de gusto, que picaba alto, y que la sería difícil encontrar su media naranja.

Sin embargo, al aparecer en la ciudad el capitán de artillería Lorenzo Mendoza, conocióse que Martina había recibido el plomo en el que Lorenzo Mendoza venía de Madrid: era apuesto, cortés, reservado, sério, más bien un poco triste, aunque en sociedad se esforzaba por aparecer expansivo y ameno: su vestir y sus modales revelaban el hábito de un trato escogido y de un respeto así mismo que no degeneraba en fatuidad ni en afectación: sin alardear de buen mozo, era en extremo simpática su cara morena, de obscura barba y facciones expresivas: con todo esto hay más de lo necesario para sorber el seso á una niña provinciana, hasta sin pretenderlo, como en efecto no lo pretendía Mendoza al principio. Las bromas de los compañeros; la fama de *picar alto* de Martina; y también sus prendas y atractivos; su belleza en plena florescencia entonces, impulsaron á Mendoza á acercársele, á preferir su conversación y poco á poco á cortejarla.

El pintor que quisiese trazar una personificación de la dicha pudo

tomar á Martina por modelo, en aquella época deliciosa, en que creía sentir que su sangre circulaba como un río de néctar y su corazón se iluminaba como ardiente rubí, en la perpétua fiesta de sus esperanzas divinas.

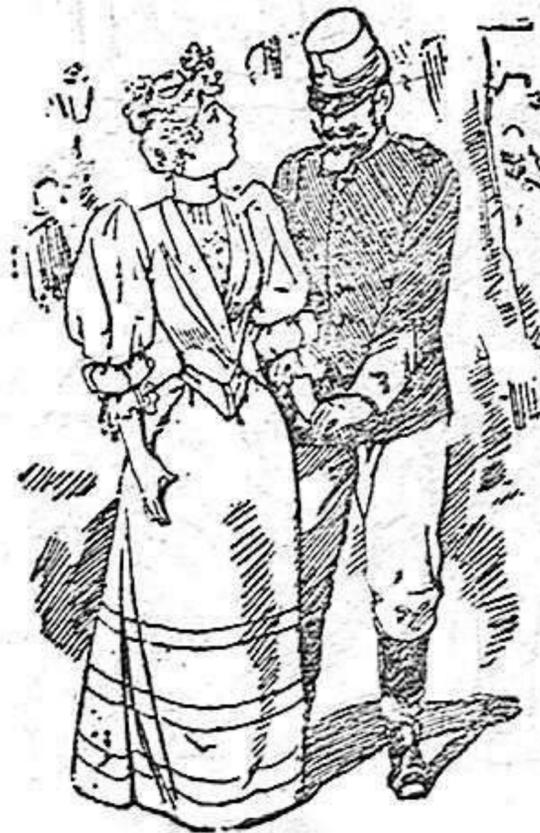
Al ocupar Lorenzo la silla libre al lado de la muchacha, ésta se ponía alternativamente roja y pálida: sus oídos zumbaban, brillaban sus ojos, enfriábanse sus manos de emoción; y á las primeras palabras del capitán, un gozo embriagador fijaba en la boca de Martina una sonrisa como la del éxtasis.

Rara vez dejan de provocar envidia estas felicidades, y más cuando no se ocultan, como no ocultaba la suya Martina que no veía razón para esconder un sentimiento puro y legítimo.

Si no fué la envidia fué la curiosidad la que escudriñó el pasado de Mendoza, como se registra una casa para encontrar un arma oculta y herir con ella. Y averiguóse sin gran esfuerzo porque casi todo se sabe, aunque se sepa truncado y sin hilación-lógica que Mendoza había cortado al venirse una de esas historias pasionales, borrascosas, largas, complicadas, un imposible adorado y funesto, uno de esos lazos que obligan á huir á los confines del mundo y que elásticos á la medida de la ausencia, no siempre se rompen por mucho que se estiren.

Con la falta de penetración que caracteriza al vulgo, opinaban los curiosos de Marineda que Mendoza habría olvidado inmediatamente á su tirana, la cual, sobre costarle desazones y amarguras sin cuento, ni era niña ni hermosa. Al lado de aquel capullo, de aquella Martina cándida y radiante como un amanecer y que llevaba en sus lindas manos un caudal ¿qué podía echar de menos Lorenzo Mendoza?

Así y todo, almas caritativas se deleitaron en enterarle de la historia vieja al padre de Martina seguros de que él solícito é inquieto, á su hija se lo había de contar.



No se equivocaban: una noche en el paseo del terraplén, á la hora en que la salitrosa brisa del mar refresca el rostro y vigoriza el ánimo, y en que la música militar, sonora y vibrante, cubre la voz y solo permite el cuchicheo íntimo y dulce de los enamorados, Martina preguntó lealmente, y Lorenzo contestó turbado y sombrío... ¿Quién se lo había dicho?... Tontearías. Eran pasadas, bien pasadas; Mendoza no comprendía ni porque las recordaba nadie, ni á santo de qué las sacaba á relucir Martina....

Y ella, alzando los ojos llenos de lágrimas y relucientes de pasión, sonriendo de aquel modo estático, olvidando el lugar donde se encontraban, murmuró hondamente:

—No me he de casar con otro sinó con V. y



me parece justo saber si hay algo que lo estorbe.» Conmovidó sin darse cuenta de lo que hacía, Mendoza se inclinó, y buscando disimuladamente la mano de la muchacha y estrechándola con apretón furtivo, entre el remolino de las paseantes, que encubrió tales expansiones, la murmuró al oído:

—Pues no hay nada... y por mí que sea prontito... Te quiero.

Al acabar la frase Mendoza, Martina se volvió hácia su padre, que venía detrás, exclamando:

—No estoy bien... Llévame á sentarme... agua.

Pronto se repuso, porque la alegría si, puede trastornar; pero rara vez háce daño: y de allí á dos semanas, la boda de Martina y de Mendoza era noticia oficial, y se sabía el encargo del equipo y galas, y se discutían los proyectos del mobiliario de los novios.

Se fijó la ceremonia para fines de Septiembre. ¿Qué falta hacía esperar? El amor que está en sazón debe cojerse, como la fruta madura. Iban llegando cajones con ropa blanca, trajes de seda, capotitas, estuches de joyas: en la sala de los padres de Martina servía de escaparate ancha mesa; amigas y amigos servían, contemplaban, aprobaban, censuraban y salían contentos, displicentes ó taciturnos, según su carácter más ó menos generoso.

Martina, todas las mañanas, arrancaba triunfalmente una hoja del calendario, cortado ya por la fecha de la boda. Qué pocas hojas faltan! Diez... ocho... una semanita no más! Este domingo es el último de soltera... Cuatro dias... Mañana... Si, mañana á las ocho; ahí están el vestido blanco, los guantes blancos, el abanico, el azahar que llegó de Valencia y que embalsama toda la alcoba!

Lorenzo venía por las noches á hacer tertulia á su novia y se mostraba galán, aunque siempre grave.

La víspera de la boda, Martina le esperaba, como de costumbre en el gabinetillo.

La madre que vigilaba sus coloquios no creyó aquella noche que fuese preciso hacer centinela: ocupada en quehaceres múltiples, dejó sola á su hija. Y Martina en vez de alegrarse, sintió de pronto una pena agoviadora, inmensa, una desolación sin límites, un miedo horrible á algo que no se explicaba, ni se fundaba en nada racional.

Tardaba ya Mendoza. Sonó la campanilla, y por instinto Martina se lanzó á la escalera. El criado la presentó una carta, que acababa de traer «el asistente del señorito.»

¡Una carta!

Las piernas de Martina parecían de algodón: creyó que nunca podría andar el trecho que separaba la antesala del gabinete.

Se acercó á la lámpara, rompió el sobre, leyó... Antes que sus ojos la había leído su corazón, fiel zahorí.



Aquellas excusas, aquellas forzadas frases de cariño, aquellas mentiras con que se pretendía paliar la infame deserción, las presentía Martina desde una hora antes. Y los motivos de la repentina marcha, bien sabía Martina que no eran los que la carta fingía, sino otros, que no podrán decirse, pero que explicaban á la vez la marcha y la continua tristeza de su futuro...

Llamaba otra vez el abismo; resucitaba lo que sin duda no había muerto. Martina cayó desplomada en el sofá: no lloraba: gemía bajito, como quien reprime la queja de mortal dolor.

Sin embargo, la misma violencia del golpe, la indignación, mil sentimientos confusos, la hicieron levantarse, tomar un fósforo, poner fuego á la carta, abrir la ventana y echar á volar las cenizas, cual si temiera que la delatasen. Y buscando luego á sus padres, les declaró con voz firme y serena que habia renunciado por su gusto y deliberadamente, á casarse con Lorenzo Mendoza, al cual no volverían á ver más, porque salía aquella noche en el tren correo hácia Madrid.

Poseían los padres de Martina una casa de campo, no muy distante de Marineda y en ella se ocultaron con su hija, para dejar disiparse la primera polvareda de la deshecha boda.

Allí pasaron el invierno, y Martina parecía contenta.

La hablaron de viajes á la Côte, al extranjero: rechazó la idea con disgusto.

Vino la primavera y ya no pensaron en dejar la residencia campestre. Al acercarse el otro invierno preguntaron á Martina. y ella pidió un año más de soledad. La misma escena se repitió al siguiente.

Los padres empezaban á impacientarse, pues les parecía que ya era hora de que su hija volviese al mundo y se le buscase otro novio formal y cierto, que borrara de su memoria lo pasado.

Mas en esto aconteció que enfermaron los viejos, y con distancia de pocos dias se los llevó al sepulcro, al padre una fiebre reumática, y á la madre un inveterado padecimiento del corazón.



Martina, sola ya, de luto riguroso, negóse á recibir pésames, á admitir consuelos de amigas, y se encerró más que nunca entre las paredes de su tapia. Pasaron años. En Marineda ya apenas se hablaba de Martina. Los más la creían maniática. No la trataba nadie.

Una tarde llamó al aldabon de la portalada un ginete, que regía un caballo castaño.

El hortelano salió á abrir; y contestó la frase sacramental: la señora habia salido y además no acostumbraba á admitir visitas.

—Dígale usted—objetó el ginete apeándose—que es D. Lorenzo Men-

doza!... Puede ser que entónces..

A los diez minutos volvía el hortelano con respuesta negativa, terminante.

Mendoza bajó la cabeza é hizo ademán de volver á montar. De pronto, arrollando al hortelano, se metió patio adentro, subió una escalera exterior tapizada de madreselvas que daba acceso á la casa, y entró en una sala oscura, de vidrieras entornadas, silenciosa. Oyó un grito de mujer fué derecho á donde sonaba y tomó á Martina en los brazos.

No hubo palabras: todo se expresó con halagos, inarticulados sonos, caricias insensatas por parte de él, primero rechazadas débilmente, luego pagadas.

Después vinieron las escusas, los ruegos, que Mendoza hizo casi de rodillas, y ella oyó, trémula, desfallecida, reclinada la cabeza en el hombro del suplicante. Y siguieron las promesas: los juramentos, las protestas de enmienda y lealtad, los plazos de ventura que Mendoza desarrollaba desarrollaba risueño, enclavijando sus dedos en los de Martina, que no oponían resistencia.

La noche caía, la luna llena se alzaba rosada y apacible; las madreselvas exhalaban su balsámico aroma.

Los antiguos novios eran ya amantes; la primavera se trocaba en estío; y el enagenado Mendoza no echó de ver que Martina, en medio del delirio, á veces gemía muy bajo, como al que reprime la queja de mortal dolor—como habia gemido años antes.—al recibir la carta de despedida.

A la mañana siguiente, cuando despertó Mendoza, no vió á Martina: la llamó á voces, y no contestó nadie. Por fin, acudieron los criados: sabian que su ama se habia marchado tempranito, pero ignoraban á donde...

En Marineda se supo sin asombro á la semana que Martina vivía reclusa, como *señora de piso*, en un convento de Compostela.

Lo que nunca divulgó fué que adoptara tal resolución por evitar el sonrojo de sentirse morir de felicidad en brazos de *aquél*.

EMILIA PARDO BAZÁN.



¡Ave María Stella!

De mi mente en el fondo, incierta, extraña,
 Veo surgir su imágen soñadora,
 Que entré gasas se tiñe y se colora
 Del matiz de la nieve en la montaña.
 De azul y rosa mi ilusión se baña;
 Tibio fulgor mi pensamiento dora,
 Y enciéndose en mi espíritu la aurora
 Diluyendo la bruma que lo empaña.
 ¡Es el momento azul en que te evoco
 Oh, santa Poésía!... En que apareces
 Flotante en nimbos y opalinas galas.
 ¡Es el momento azul en que te invoco...
 En que besos y lágrimas me ofreces
 Y bañándote en luz, abres las alas!

VICTOR S. ARMESTO.

¡Salud al nuevo Cristo!

(EN EL ALBUM DEL SR. REY RAVIÑA)

Con un mundo soñó y halló ese mundo,
 á la meta aspiró y halló la meta...
 titan y génio, redentor y apóstol,
 sábio, revelador, vate y profeta
 ¡todo lo fué Colón!...

Gentil doncella
 de rostro de ángel y contornos bellos,
 envuelta en nubes de oro y esmeraldas,
 las palmeras gigantes por cabellos
 y las nítidas ondas en sus faldas,
 así dormía América, la virgen,
 en regalado sueño voluptuoso,
 la del seno turgente y pudoroso,
 la que ostenta en inmensa catarata

rios de perlas y raudal de plata,
 la que muestra, tendida en blandas plumas,
 dosel de fuego, pedestal de aljófar
 manto de flores y cofin de espumas...
 Así dormía América, la diosa,
 la que el Niágara envuelve en su torrente,
 la que de mármol y marfil y nácar
 alza en el Orbe su nevada frente,
 la amante Ninfa que en sublime abrazo
 estrecha al temerario navegante,
 la odalisca feliz del Chimborazo,
 la seductora Ondina del Atlante...
 Así dormía América, la virgen,
 y al despertar, cuando á Colón ha visto,
 gritó desde la cumbre de los Andes:
 —¡Salud al nuevo Cristo!

NICOLÁS TABOADA

CASIMIRO MARRUFINO

ESCONDIDA entre las demás casas del barrio, alzábase blanca la pequeña y limpia casa de la modista más hermosa que cosía en los talleres de la ciudad. Rosa, la hija del zapatero Galo, era querida de todos los vecinos y cortejada por todos los mozos del barrio y fuera de él.

Las mujerucas la elogiaban por su excelente conducta y buen comportamiento para con su padre, el cual idolatraba á su única hija, fruto querido de su matrimonio y reflejo fiel de la santa mujer que la muerte le arrebató momentos después de haber dado á luz aquel querubin, como le decía el señorito que la enamoraba.

Galo era bueno, y solo tenía el defecto de emborracharse con frecuencia.

Cuando aparecía en lo alto de la callejuela, cantando playeras, tambaleándose, echado atrás el sombrero y revolviendo la lengua sin saber lo que decía, las vecinas cerraban presurosas la puerta de la calle y Rosa se estremecía de terror ante los brillantes ojos y el descompuesto rostro de su padre.

Sin embargo, Galo desde que entraba en su casa, comprendiendo acaso el estado de embriaguez en que se hallaba, temeroso de disgustar á su Rosa, contemplábala un momento y luego silencioso, acobardado, retirábase á su cuchitril y dormía tranquilo hasta el día siguiente.

Desde hacía algun tiempo, mostrábase el padre de Rosa muy incomodado y alguna vez la amenazó con romperla la crisma si la encontraba parada con el señorito que le hacía la corte, porque él no quería que su hija hablase con aquel jóven, sinó con otro que fuese «de su igual.»

—Vamos á ver—le decía. ¿Qué esperas de ese *famélico*? ¿No comprendes que ese engomado, solo te habla por pasar el tiempo, tal vez por engañarte?...

Rosa callaba como una muerta, pero á pesar de comprender la verdad de lo que su padre decía, por nada de este mundo dejaba las relaciones.

Cada vez que su padre la sermoneaba, formábasele un nudo en el corazón y á solas derramaba amargo llanto... ¡Quería tanto á su Manolo... Le amaba locamente! Era tan guapo... tan vehemente... hablaba tan bien! ¡Ca! Ella no tenía valor para despacharle, ni le olvidaría jamás...

Una noche, como siempre, hallábanse los enamorados contándose sus penas y alegrías, sin hacer caso de las horas que transcurrían con pasmosa rapidéz. Galo, después de haber tomado algo líquido en la taberna, regresaba á su casa, preocupado con la idea de atrapar á su yerno, como él llamaba con sorna, al novio de su bella hija.

La noche estaba obscura; los faroles apenas iluminaban con su pálida luz la tortuosa callejuela; él sabía por confidencias de una vecina, donde solían arrullarse los tortolillos. Fuese calladito en dirección á ellos sin cantar y conteniendo casi la respiración. Iba á hacer un escarmiento que fuese sonado. Al señorito le esperaba una paliza regular.

—Estate quieto. No seas niño, Manolo—decía Rosa cariñosamente al amado de su corazón.

—Pero mujer ¿cuándo dejarás de ser esquiva? Tu no me quieres. En cuanto pretendo besarte ya estás echando á correr... Me llamas atrevido, tonto y qué sé yo cuantas cosas. Vas á hacer que dude de tu amor...

—¡Mi padre!—exclamó presa de horrible angústia la muchacha, señalando al mismo tiempo la silueta de Galo que medio escondido en la sombra que proyectaba una casa, con los ojos fuera de sus órbitas, cerrados los puños, pateando con furia, ébrio de rábía, tramaba en su mente terrible venganza.

Manolo parecía como clavado ante su amada, no sabía que hacer, ni acertaba á separarse de Rosa, temeroso de que la maltratase el padre. Este parecía recrearse, como león que tiene segura su presa. Rosa, lívido el semblante, cubrióse con el pañuelo y empujando al señorito, «huye» —le dijo— «que no te coja, si corre tras de tí.» Hízolo así Manolo y ella se metió en la primera casa que encontró abierta, no viendo en su precipitación á una mujer que sentada en el portal, creyò que la fugitiva era persona de casa, pues oyó que subia hasta el desván.

Galo, burlado por no dar alcance al novio, fijóse en el escondite de su hija y furioso, fuese á buscarla, siguiendo el largo pasillo que del portal conducía á las cuadras de la casa.

En aquel momento, la mujer que Rosa halló á su paso, se entretenía en dar de comer á unos marranillos. Galo, sin decir una palabra, desesperado, nervioso y ciego, tomó en sus brazos á la mujer y apretándola fuertemente, la llevó para su casa, amenazándola y cerrando la puerta con llave.

Lloraba la infeliz, daba voces, pedía por Dios, pero Galo, implacable, sin fijarse en nada juraba y perjuraba que haría un escarmiento. No había de verlos juntos otra vez.

Encendió la luz y se quedó estupefacto... Aquella no era Rosa, su bella hija, encanto de cuantos la miraban; era la vieja delatora de los amores de los jóvenes...

Pidióla Galo mil perdones y sin comprender su error, ni acertar á disculparse, lloró al ver las lágrimas de la pobre mujer que todavía temblaba, como al ser sorprendida por aquellos brazos de hierro, que poco antes la aprisionaban.

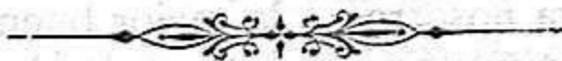
Al salir la vieja de la casa del zapatero, apareció en la calle Rosa, que saludó atenta á la vecina y abrazó á su padre, diciéndole que venía de comprar un carrete de hilo para terminar de noche un *matiné* que estaba haciendo.

Mas tarde los novios comentaron el suceso, alegrándose de que Galo se hubiese equivocado y hubiese asustado á la vieja.

Manolito, riéndose como un chiquillo, decía:

—Ya que ella fué la que enteró á tu padre, me alegro que él mismo la castigase su mala acción, siquiera lo hiciese inconscientemente. Castigo merecido.

J. VEGA BLANCO.



INVENTOS DEL SIGLO XX

Corría el año 1907.

Wanderer seguía recogiendo en «El Imparcial», á la sazón impreso en delicadas hojas de estaño destinadas á ser leídas por medio del fonógrafo, las noticias é impresiones de los grandes inventos.

Labarta había ascendido, (¡oh prodigios del siglo de las dos XX!) y en su despacho de oficial primero, daba vueltas al manubrio de un fonógrafo escuchando embelesado las noticias estupendas que aquel día comunicaba á sus lectores «El Imparcial ilustrado.»

En aquel momento entraba yo por la puerta de su despacho con las pruebas del EXTRACTO, para que su director se sirviese corregirlas y Labarta me recibía con un signo de silencio, que indicaba la avidéz con que seguía el hilo del invento y la importancia que para nosotros encerraba.

Silencioso y sin moverme me quedé entonces, apenas había traspuesto el dintel de la puerta, y hasta aquel sitio llegó algo apagada por la distancia, la vocecita metálica del hombre de estaño que decía:

«..... ya no puede dudarse; el microscopio gigante del Sr. Velez ha permitido conocerlo así; y desde hoy no tendremos más remedio que ver en cada gota de agua, un mundo habitado por microscópicos seres, por hombres como nosotros, de nuestra misma configuración y que tan solo se diferencian de los habitantes de la tierra, en que su estado de infusorios no les permite vivir más que breves instantes en los que, con pasmosa rapidéz para nosotros, (pesadas moles, jamás activas), na-

cen, crecen, se reproducen y mueren.»

La emoción que se apoderó en aquel momento de nuestros corazones fué vivísima, no fuimos dueños de nuestros pensamientos y aquel número del EXTRACTO salió tan plagado de erratas, que los suscriptores protestaron con energía en cartas y periódicos.

Transcurrieron seis años.

Nosotros habíamos seguido paso á paso las noticias que con el mágico invento se relacionaban y un día por fin, saciamos en parte la curiosidad que sentíamos al leer en un diario *científico-profético*:

Usos y costumbres de los habitantes de la gota de agua.

Labarta me leyó todos con entusiasmo; pero apesar de esto, ni él ni yo, consideramos digno de comunicar á nuestros lectores otro que el siguiente:

«En la gota de agua se da un caso que no tiene precedente en ninguno de los mundos conocidos; y que se refiere á como viven las revistas literarias-ilustradas, notándose en esto cosas muy extrañas.

Allí los suscriptores apenas transcurre el trimestre, renuevan la suscripción en sellos de correos ó letras de fácil cobro, los correspondientes envían enseguida el importe de los recibos cobrados, que procuran hacer efectivos, los colaboradores no dejan de mandar sus trabajos en cuanto se publica su retrato y los periódicos diarios ayudan al literario haciéndole propaganda con la mejor buena fé del mundo.....»

Y no he de decirlo todo. Yo no

sé lo que juzgarán ustedes del prodigioso invento, ni que les parecerán las costumbres de los habitantes de *la gota*; pero de nosotros sé decirles que se nos antojaron éstas, en lo que á lo copiado se refiere, tan extraordinarias, que andamos por ahí buscando avidamente quien nos transforme en infusorios, á ver si de ese modo conseguimos cobrar algunos recibos....

¡Aun cuando la moneda sea más pequeña!...

G. ALVAREZ.

GEROGLÍFICO



La solución en el próximo número.

La correspondencia administrativa dirigirla desde hoy al Director de esta Revista D. Enrique Labarta y la literaria á D. Gerardo Alvarez, hasta nuevo aviso.

SUMARIO:

TEXTO: *Ezequiel Ordoñez* (semblanza).—*Manifiesto á los lectores del EXTRACTO*, por Enrique Labarta.—*A una beata*, por Javier Valcarce Ocampo.—*En casa de la Duquesa de ****, por Carlos Ossorio y Gallardo.—*Martina*, por Emilia Parda Bazán.—*¡Ave María Stella!* por Victor Saiz Armesto.—*Salud al nuevo Cristo*, por Nicolás Tafoada.—*Castigo merecido*, por J. Vega Blanco.—*Inventos del siglo XX*, por Gerardo Alvarez.—Geroglífico.—Anuncios.

GRABADOS.—Retrato de *Ezequiel Ordoñez*, fotograbado de Juarizti y Mariezcurrena.—Ilustraciones.—Viñetas.

LÍNEA REGULAR DE VAPORES TRASATLÁNTICOS

de F. Prats y Compañía

Sociedad en comandita entre la Península, México y Estados Unidos

Viaje directo para Puerto-Rico, Habana y Cienfuegos.

Saldrá el 24 de Septiembre de 1893, el nuevo vapor español JUAN FORGAS, de 5100 toneladas. Admite carga y pasaje para dichos puntos y también carga con trasbordo para Progreso, Campeche, Veracruz, Frontera, Tuxpan y Tampico.

Su consinatrio en Pontevedra y Marin D. JOSÉ RUESTRA.

EXTRACTO DE LITERATURA

REVISTA ILUSTRADA

SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, trimestre,
2 pesetas.

» » semestre,
3.50 idem.

» » año, 7 id.

Ultramar y extranjero, semes-
tre, 7 idem.

» » año, 10 id.

PRECIOS DE VENTA

Número corriente, 15 céntimos.

Idem atrasado, 25 idem.

A corresponsales y vendedores
12 céntimos número.

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencio-
nales.

COMPANÍA DE NAVEGACION DE VAPOR AL PACIFICO

VIAJES REGULARES

MAGNIFICOS Y GRANDES PAQUETES CORREOS

*Expedición mensual para Lisboa, Rio-Janeiro, Montevideo,
Buenos-Aires y el Pacífico.*

Saldrá de Villagarcía el 20 de Agosto el magnífico vapor

Orellana

Estos vapores conducen oficialmente la correspondencia. Admiten pasa-
jeros de primera, segunda y tercera clase. Estos últimos tienen excelente
servicio de mesa y litera con colchón y cobertor de lana; la comida es supe-
rior y variada siempre con vino. Asistencia médica quirúrgica gratuita.

De las condiciones y precios, informará en Vigo D. Manuel Bárcena y
Franco. En Villagarcía Carril y Caldas, D. Laureano Salgado, D. Alfon-
so Rueda y D. Manuel Carús.

Compañía de las Mensajerías Marítimas

PAQUETES FRANCESES

El 30 de Setiembre de 1893, saldrá de *Marin*, con destino á Pernambuco,
Rio Janeiro y Santos el vapor

Medoc

Admite pasajeros de 3.ª clase y carga.

Para las demás condiciones y detalles dirigirse á las Agencias de la
Compañía. En Vigo D. Francisco Tapias, Arrenal 128; en Coruña Sres. Arce
y Comp.ª, Real 37, y en Pontevedra y Marin D. José Riestra López.

BALSAMO DE FIERA BRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS

POR

ENRIQUE LABARTA POSE

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos al autor, Feria 38—Pontevedra.